

# **El Rey del Alba Escarlata**

**TOMÁS SENDARRUBIAS**

**DIRECCIÓN EDITORIAL:**

Álvaro Ribagorda y Begoña Borredá.

Ilustración de portada:

*The drinker*, Umberto Boccioni (1914).

Óleo sobre lienzo, 86 x 87 cm

*Pinacoteca di Brera (Collection Junker)*, Milán (Italia).

Diseño:

Álvaro Ribagorda

Edita: Biblioteca Cuarto Creciente

cuartocreciente\_rc@hotmail.com

Depósito Legal: M-53030-2007

ISBN: 978-84-612-1044-2

Impreso por CERSA, Madrid.

*(Printed in Spain)*

© Tomás Sendarrubias, 2007.

© Biblioteca Cuarto Creciente, 2007.

1ª Edición: Madrid, 2007.

## ÍNDICE

---

- PRÓLOGO: EL IRRESISTIBLE MISTERIO DE LA ESCRITURA	p. 11
- EL REY DEL ALBA ESCARLATA	
I. Enfrentado al blanco	p. 19
II. Cuando nadie nos vea, sube al desván	p. 27
III. Primer paso	p. 35
IV. <i>Visita Interiora Terrae</i>	p. 43
V. <i>Imago Mundi</i>	p. 53
VI. Mientras el mundo duerme	p. 63
VII. No con un estallido, sino con un gemido	p. 73



**TOMÁS SENDARRUBIAS GARCÍA** (Madrid, 1978) es Licenciado en Historia por la Universidad Complutense de Madrid. Cofundador de la revista *Cuarto Creciente*, ha obtenido varios premios literarios en Alcalá de Henares, donde dirige desde 1999 la compañía de teatro Argos.

Cuando era niño sus padres le fueron familiarizando con la mitología grecolatina, y desde entonces le fascinan los mundos legendarios, los cuentos de hadas y las leyendas celtas, que de una u otra forma se cuelean siempre en sus relatos.

Escritor omnívoro de una facilidad asombrosa, ha publicado docenas de poemas y relatos cortos, y ha estrenado tres de sus obras de teatro: *El fin de la tierra*, *Hágase tu voluntad* y *Cerr@ntes*. Tiene gran habilidad para la composición de ambientes, cultiva con gran facilidad todos los géneros, y tiene algo de antiguo mercader árabe, cuyas mercancías cambian cada día, pero son siempre aromáticas y misteriosas. Escribe relatos de terror psicológico y novelas históricas, y en sus poemas suelen aflorar el exotismo y el misterio del mundo árabe, aunque probablemente es en sus obras de teatro donde despliega de forma más asombrosa su ingente capacidad de fascinación.

Impulsivo, apasionado, divertido y carismático, cultiva una cierta imagen de banalidad, le encantan las series de televisión y la vida de la alta sociedad, pero sus obras revelan sin embargo un profundo interés por las raíces psicológicas y los conflictos personales que determinan las relaciones humanas.

Le encantan la cultura musulmana, los mercados medievales y las teterías. Entre sus escritores preferidos se encuentran Tolkien, Clive Barker y Guy Gavriel Kay, pero también Shakespeare, Tennyson, Lope de Vega y sobre todo Lorca. Ninguna noche, antes de ir a dormir, olvida rezar a la sagrada trinidad del cómic: Neil Gaiman, Chris Claremont y Brian Michael Bendis.

## PRÓLOGO:

### EL IRRESISTIBLE MISTERIO DE LA ESCRITURA

---

La vida de un escritor es uno de los temas literarios por excelencia. A simple vista el día a día de un hombre que pasa las horas muertas ante un papel o una pantalla, no es muy distinto del de cualquier oficinista, pero hay un destello en su mirada singular e inquietante, un misterio prácticamente irresistible por el que todos los lectores se han preguntado alguna vez.

Por más vueltas que se le de, no deja de ser un enigma irresoluble tratar de comprender el misterio de la creación literaria, buscar la monstruosa genialidad que separa a aquel que es capaz de crear un mundo, de los que sólo pueden contemplarlo.

Hay escritores como Tomás Sendarrubias que tienen una facilidad casi innata para escribir. Yo le he visto en la facultad escribir media docena de poemas mientras los demás tomábamos un café o matábamos el tiempo de otra forma en alguna clase. Pero esa facilidad, al mismo tiempo que un don, es también un peligro, porque sin darse cuenta uno puede perder el tiempo y hasta las ganas de escribir derramando cientos de páginas superficiales sin tener apenas nada que contar.

El protagonista de *El rey del alba escarlata* es un joven escritor que un día encuentra la primera gran oportunidad de publicar un libro. Entusiasmado y atezado ante tal situación, Daniel se desespera buscando una historia que verdaderamente merezca la pena contar, y nos arrastra así por los caminos de la creación, donde la vida cotidiana y su relación de pareja, se entremezclan con el mundo onírico de su novela, un ensueño que se va adueñando de él, mostrándonos los momentos de grandeza y agonía que encierra la escritura.

Al mostrar el día a día del escritor, Tomás Sendarrubias nos sumerge, sin sentirlo, en el mismo núcleo del proceso creativo,

haciendo del misterio de la creación el eje de la novela, y mostrándonos con ello el doloroso parto que supone sacar de nuestro pequeño e insignificante cerebro un mundo y una historia que llene durante algunas horas, quizás días, las vidas de cientos de personas.

Con una prosa rica en imágenes, de aparente sencillez y extraordinaria naturalidad, el autor nos va contando la vida cotidiana y afectiva de una pareja homosexual, llena de frescura y alegría de vivir. La narración se vuelve cada vez más misteriosa, a medida que la novela que Daniel está escribiendo se adueña de sus vidas, y nos adentra en la lucha interior del escritor, que ha de perderse en el laberinto de su propio cerebro, para encontrar ese delirio que roza con la locura y del que brota la verdadera magia de hacer realidad sobre el papel aquello que sólo existe en algún extraño recodo de nuestra mente, aquello que domina a un escritor en plena creación y le lleva a vivir cada vez más en el interior de su obra que en el mundo que le rodea: la inspiración.

Pero la verdadera maravilla del libro es que Tomás Sendarrubias narra este proceso sin la más mínima afectación, y con la genuina habilidad de hacer que el lector se vaya identificando cada vez más con la historia, y pueda observar a Daniel a través de los ojos de Jaime, que confía en que su novio encuentre la manera de sacar de sí esa gran novela que lleva dentro, al mismo tiempo que, como la legendaria Reina Tristessa, vamos aguardando con creciente impaciencia la llegada del misterioso Rey del Alba Escarlata.

Entre sus páginas se derrama con dulzura el más intenso placer de leer por leer, al mismo tiempo que, como en las novelas de misterio –pues acaso esta no sea otra cosa–, avanzamos con el protagonista por un camino interior, que aspira a superar el velo de realidad que nos ata, para tratar de ver más allá de “las arañas plateadas de la banalidad que tejían sedas frías como el hielo, como la nada”, y alcanzar al fin el “corazón de la creatividad”, el lugar del que brotan todas las historias.

**ÁLVARO RIBAGORDA**

# **El Rey del Alba Escarlata**

**TOMÁS SENDARRUBIAS**

## I. ENFRENTADO AL BLANCO

En momentos como aquel, se preguntaba por qué demonios no había empezado nunca a fumar. Aquello le habría dado una excusa para levantarse y alejarse del ordenador unos minutos sin sentirse culpable. Pero nada, salvo dos cigarrillos cuando tenía dieciséis años, era todo un cruzado antitabaco. Así que se limitó a tomar un trago de Coca-cola y mirar fijamente la pantalla, pasando suavemente sus dedos sobre el teclado, sin presionar lo suficiente como para que las letras quedaran impresas en aquel fondo blanco. Había gente que prefería anotar sus ideas, organizarlas antes de sentarse delante del ordenador, hacerse esquemas, escribir notas, desarrollar personajes... Daniel lo había intentado muchas veces, sentarse a planificar lo que iba a escribir, pero era imposible. Para él, la inspiración llegaba como un fogonazo que le empujaba a ponerse delante del ordenador y cubrir las páginas electrónicas de palabras que apenas era capaz de leer mientras escribía las siguientes.

Pero nada.

Para Daniel, escribir siempre había sido una cuestión de vocación, un hobby con el que se divertía. De no haber sido por el empeño de sus padres, nunca hubiera presentado sus relatos a diferentes certámenes y concursos. Y si no hubiera escuchado a Jaime, que insistió docenas de veces para que enviara sus pequeños relatos a algunas revistas de cuentos, aquel editor ni siquiera sabría quién era él. «Escribe un relato largo», le habían dicho cuando le llamaron para que acudiera al despacho de aquel hombre. «Nos interesan mucho tus cuentos cortos y queremos publicarlos, pero necesitaríamos un relato más largo que les diera título. ¿Podrás?»

—Por supuesto —había dicho él.

Pero estaba siendo imposible.

Daniel no se consideraba un escritor, no era lo suficientemente orgulloso como para decir eso de sí mismo. Sí, aquello era una de sus grandes pasiones, poder contar historias, crearlas y transmitir las, hacer que la gente se estremeciera, temblara, riera o llorara con sus palabras. Nunca, ni cuando le llamaron de la editorial, había pensado que aquello pudiera ser serio. «Confiamos en ti», le había dicho el editor, y Daniel tenía la impresión de que el peso de aquellas palabras le hundía por momentos. Tres veces había iniciado un relato, cada uno de ellos diferente. Un cuento sobre ángeles y demonios. Una historia basada en fábulas irlandesas. Un duro texto de sexo y violencia. Pero nada. Dos, tres páginas quizá y, luego, la historia moría. Si fumara, al menos tendría una excusa para levantarse del ordenador sin admitir de nuevo su fracaso... Una noche más. Estaba de vacaciones, las había adelantado para poder dedicarse plenamente al relato, pero veía cómo los días pasaban y nada.

—Demasiada presión no puede ser buena.

Al tiempo que escuchaba aquellas palabras, Daniel sintió cómo unas manos se posaban en sus hombros, masajeándole suavemente el cuello, la espalda desnuda. Cerró los ojos un instante, Jaime era un masajista de primera categoría y sorprendentemente reacio a realizar masajes, por lo que Daniel decidió que aquel privilegio lo era aún más si le arrancaba del vacío de la página en blanco. Las manos de Jaime se deslizaron sabias sobre sus hombros, sus dedos acariciaron sus vértebras y luego subieron hasta sus sienas. Un quedo gemido escapó de los labios de Daniel cuando las yemas de los dedos de Jaime se hundieron en su pelo, acariciando el cuero cabelludo.

—Mejor así, ¿no? —susurró Jaime a su oído.

Daniel sonrió mientras, aún con los ojos cerrados, tomaba una de las manos de Jaime y le besaba la palma.

—Mucho mejor —respondió, abriendo los ojos e incorporándose un poco, intentando apartar la lasitud que le había invadido—. Gracias, guapo.

—No hay de qué —hizo una pausa—. Nada, ¿no? —dijo

Jaime, sentándose junto a Daniel, señalando con un movimiento de cabeza la pantalla vacía.

—Nada —respondió Daniel, y su voz sonó más seca de lo que había pretendido.

—Son las tres de la mañana, deberías dejarlo por hoy.

—Llevo cinco días así, cinco días sin escribir una sola palabra.

—Te agobias demasiado, relájate. Vamos a la cama, igual esta noche se te ocurre algo.

Jaime se levantó de la silla y se dirigió hacia la puerta de la habitación que habían habilitado como estudio con el ordenador y las paredes cubiertas de estanterías repletas de libros. Se apoyó en el umbral y Daniel se descubrió contemplando anhelante su figura, la piel morena, los ojos negros como el tizón, el cabello corto y despeinado, la sombra de barba en su mandíbula, sus hombros anchos, el pecho sin apenas vello, el tigre rampante junto a su ombligo, en el mismo lugar en el que Daniel llevaba tatuado un dragón...

—No tengo sueño —masculló mientras se giraba de nuevo hacia el ordenador—. Debería...

—No he dicho que vengas a dormir —le interrumpió Jaime riendo mientras se alejaba por el pasillo hacia el dormitorio.

—Qué cabrón... —sonrió Daniel, sabiendo que otra vez, Jaime le había vencido. Pero cuando se levantó para apagar el ordenador, cuando vio el destello del monitor al apagarse y fundir la pantalla en negro, no pudo evitar la sensación de que no había sido Jaime el vencedor aquella noche, sino la página en blanco a la que se enfrentaba y que aún seguía indemne.

Lo primero que se preguntó Daniel fue qué demonios hacía caminando descalzo entre la niebla con un pijama de franela. Y de dónde había salido esa ropa, porque él jamás usaba pijama, y menos de franela. Notaba bajo sus pies el tacto de la hierba húmeda, flexible, aunque solo suponía que era hierba, porque la

niebla era tan espesa que no era capaz de ver siquiera sus propios pies. Caminaba por mera inercia, porque no tenía la menor idea de hacia qué lugar se dirigía, aunque el extraño impulso que lleva a los hombres a caminar aunque no sepan dónde están, le decía que debía seguir aquella dirección. De vez en cuando creía escuchar sonidos, pero aquella niebla tenía la extraña virtud de difuminar los ruidos. Luego, a Daniel le pareció escuchar voces, o el canto de un pájaro lejano. O las dos cosas al mismo tiempo, aunque aquello no le sorprendió demasiado. Como no le sorprendió demasiado cuando de pronto la niebla desapareció y se encontró en un inmenso claro de un bosque, rodeado de enormes robles. A su alrededor aparecían los tenderetes de un bullicioso mercado, gente que iba a un lado y a otro, deprisa, mirando las mercancías de cada uno de los puestos. Daniel sonrió, el mercado estaba donde debía estar, donde siempre había estado. Pero lo que no entendía era lo del pijama de franela. Aunque tampoco era capaz de recordar cuándo había sido la última vez que había estado allí, o que había comprado algo a los bulliciosos vendedores que pregonaban a voces sus mercancías. Fornidos herreros, diminutos curtidores, un orfebre que hacía espejos de plata y cuyas orejas puntiagudas sostenían unas gruesas gafas, una sonriente mujer de cabellos plateados y ojos grises que repartía agua fresca de una tinaja que llevaba airoosamente apoyada en la curva de su cadera... A trompicones, Daniel entró en el recinto del mercado con tanta puntería que estuvo a centímetros de ser arrollado por un carro de mercancías conducido por un enano vestido de verde y arrastrado por dos animales que le recordaron remotamente a búfalos.

—¡Aparta de ahí, imbécil! —exclamó el enano mirando furibundo hacia Daniel, pero no se molestó en esperar siquiera una respuesta antes de azuzar de nuevo a sus animales hacia uno de los laterales del mercado.

Siete pájaros plateados pasaron volando sobre el claro y Daniel sonrió cuando vio entre la gente un rostro que le era

familiar. Apenas conseguía ubicarlo, pero juraría que era alguien a quien conocía. Claro, que esa persona conocida, realmente no tenía esa cara... Pero tenía la certeza de que era ella. El sonido de un arpa hizo que apartara la mirada unos segundos de aquel rostro y, cuando volvió a mirar, había desaparecido entre la multitud. Buscó al arpista, pero allí solo había una mujer encorvada que vendía rosas azules. Una niña se acercó, sonriendo, tocó una de las rosas, y de ella brotó un sonido armónico. La niña rió a carcajadas desapareciendo entre el gentío de nuevo.

—¡Joven!

Le llamaban. Estaba seguro de que aquella voz se dirigía a él.

—¡Sí, el del pijama de franela, te llamo a ti!

Ruborizado, Daniel se volvió y vio que estaba cerca de un tenderete que hubiera jurado hacía cinco segundos no estaba allí, no tan cerca de él. Aquello no era algo que importase demasiado, así que se acercó a la anciana, cuyo rostro estaba tan cubierto de arrugas que era difícil distinguir sus pequeños ojos o sus labios, finos como cuchilladas en el mapa de las edades de aquella cara. La mujer se frotaba las manos tras un mostrador de madera situado bajo un tenderete forrado con telas de un brillante azul cobalto, aunque en el mostrador no había nada que pareciese que pudiera vender. Bueno, realmente, no había nada de nada.

—Eres nuevo por aquí, ¿verdad? —dijo la anciana, con una voz ajada aunque conservaba cierto tono meloso, casi dulzón.

—Pues... no lo sé —respondió él, encogiéndose de hombros.

—Un chico sincero, me gusta —rió ella, con un sonido que a Daniel le puso el vello de punta—. Tengo algo para ti, muchacho, lleva tu nombre escrito. Y es barato, muy barato. Tengo al amor de tu vida, aquí dentro guardado. Y solo por seis años de tu vida... Seis años, joven... Es toda una ganga...

—Creo que no —masculló Daniel, forzando una sonrisa—. Ya tengo amor en mi vida.

—Oh, sí, claro que sí —cloqueó ella, frotándose las

manos—. Claro que tienes amor, niño, pero, ¿es el amor de tu vida? Me gustas, me gustas, te lo daré solo por tres años... y el color de tus ojos. ¿Para qué quieres el color de tus ojos, ratón mío? Dámelo a mí y te llevarás el amor de tu vida...

—No, gracias... —respondió Daniel, comenzando a alejarse del puesto.

—¡No te vayas! —gritó la anciana, y él se detuvo en seco. Aquel grito había tenido que resonar en todo el mercado, pero nadie parecía haberse dado cuenta. Daniel se giró y vio que ella sonreía, mostrando unos dientes mellados, negros, y los acarició con una lengua hinchada y sucia—. Así que eres un comprador difícil, ¿eh? Y ya tienes amor en tu vida, ¿eh? No importa, ni importa, pequeño pajarito. Tengo más cosas, sí, muchas más. También tengo tu sueño, el mayor de tus sueños. Y estoy dispuesta a vendértelo por seis de tus meses... bueno, y quizá, el dedo pequeño de tu pie izquierdo, total, ¿para qué lo quieres?

—Es que creo que no tengo ningún interés en venderme por piezas —dijo Daniel, y la anciana rió a carcajadas golpeando sonoramente la tabla que hacía las funciones de mostrador con sus manos agrietadas.

—Muy bien, muy bien. Nada entonces, no compres nada. Pero que nadie diga nunca que se ha ido de mi tienda con las manos vacías. Te doy un consejo, gorrión, y eso es gratis. Ten cuidado si sigues buscando, porque corres el riesgo de encontrar.

La anciana rió de nuevo, como si el sonido de sus propias palabras le causara una profunda hilaridad, y luego desapareció detrás de las cortinas cobalto. Realmente, Daniel no tenía la conciencia de estar buscando nada... ¿O sí?

Sí, buscaba, claro que sí.

La imagen de la pantalla del ordenador en blanco apareció en su mente como un mazazo. Pero era imposible que en el mercado hubiera algo que pudiera ayudarle con aquel problema, era imposible...

—¿Seguro, Daniel? ¿Crees que realmente en el mundo hay cosas imposibles?

Daniel se volvió y vio a un hombre alto a su lado, vestido de negro, con un atusado bigote y los ojos de color lavanda. Sonreía enseñando unos dientes perfectos, blancos como perlas, y la única nota de color en su ropa, era el pañuelo rojo carmesí que asomaba en su bolsillo. A Daniel no le sorprendió que aquella persona supiera su nombre, en el mercado, todo el mundo sabía cómo se llamaba todo el mundo... aunque Daniel no tenía la menor idea del nombre de ese hombre. Y en ese momento, se dio cuenta de nuevo de que tampoco sabía por qué llevaba un pijama de franela.

—Tengo algo para ti, Daniel, y es gratis... casi gratis.

—¿Casi?

—Sí, casi. Te lo puedes llevar solo a cambio de una promesa sin importancia, ¿de acuerdo?

—¿De qué se trata?

—De que lo leerás hasta el final.

—¿Es un libro entonces?

—¿Qué clase de pregunta estúpida es esa, Daniel? —rió el hombre, y Daniel se dio cuenta de que ya tenía en sus manos un libro, un viejo volumen encuadernado en piel mohosa con el título grabado en letras que en algún tiempo debieron ser doradas, aunque ahora las cubría la suciedad. Daniel leyó el título, *El Rey del Alba Escarlata*, y, luego, ojeó el interior, vio las páginas marcadas por la humedad, la letra impresa en tipos antiguos en aquel papel amarillento.

—No he oído nunca hablar de este libro —dijo Daniel.

—No, claro que no, Daniel. Porque no es solo un libro, es el libro. La creación, el secreto de los grandes escritores... las ideas... Esto no es un simple libro, es... inspiración. Pero me tienes que prometer que lo leerás hasta el final.

—Yo no necesito leer nada para escribir —protestó Daniel, herido en su orgullo y tendiendo de nuevo el libro al hombre vestido de negro, que apartó las manos con una sonrisa.

—Yo creo que sí. Y de hecho, creo que esas arañas de banalidad que te rodean, están de acuerdo conmigo.

Daniel bajó la mirada bruscamente y se dio cuenta de que el hombre de negro tenía razón. Vio cómo decenas de diminutas arañas cristalinas corrían sobre la franela de su pijama, le envolvían en su tela. Sintió una arcada, sacudió sus ropas, pero las pequeñas arañas se pegaron a sus manos y comenzaron a hilar allí sus sedas, gélidas al tacto. Gélidas como la banalidad, como la falta de inspiración, como un mundo sin poesía.

—¡De acuerdo! —exclamó Daniel—. ¡De acuerdo!

Y entonces, despertó.



## BIBLIOTECA CUARTO CRECIENTE

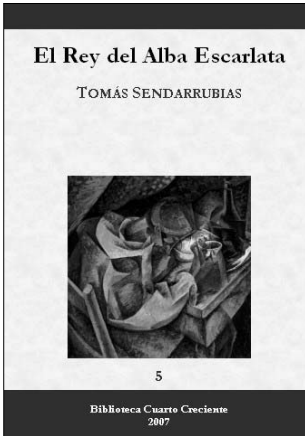
---

Colección de obras literarias de una nueva generación de jóvenes valores de la literatura española actual vinculados a la revista de creación *Cuarto Creciente*. Todos los libros son primeras ediciones, publicadas en tiradas reducidas de colección, con una edición esmerada, que presta especial atención al diseño, la tipografía y los materiales, y viene avalada por el apoyo institucional de la Universidad Complutense de Madrid.

[www.cuartocreciente.es.vg](http://www.cuartocreciente.es.vg)

[cuartocreciente\\_rc@hotmail.com](mailto:cuartocreciente_rc@hotmail.com)

# 5



Tomás Sendarrubias

## **El Rey del Alba Escarlata**

Novela

Prólogo: Álvaro Ribagorda

73 pp.

4 €

Novela sobre la vida cotidiana y afectiva de un joven escritor que se enfrenta a su primera gran obra, y muestra como la escritura de la novela va absorbiendo su vida. El escritor se va deslizando así por la frágil frontera entre la inspiración y la locura, inmerso en la búsqueda de la esencia de la que emana la creación literaria.

## **Ediciones BIBLIOTECA CUARTO CRECIENTE:**

Libro 1. Isidro David Carro: *Figuras de sal* (Poesía)

Libro 2. Daniel Izquierdo: *El alféizar del tiempo* (Poesía)

Libro 3. Ivo Aragón: *Los silencios de Gascón* (Novela)

Libro 4. Álvaro Ribagorda: *La vida por delante* (Poesía)

Libro 5. Tomás Sendarrubias: *El Rey del Alba Escarlata* (Novela)

Consigue el libro completo por sólo 4 €, o  
suscríbete por sólo 12 € al año, enviándonos tu  
solicitud al correo electrónico:

**cuartocreciente\_rc@hotmail.com**

Con tu compra colaboras en el mantenimiento y la  
difusión de la creación cultural.